

El negocio de la cultura.

La precariedad de los creadores y la crítica que ya no existe.

1. La cultura como mercancía.

Hay una idea que se repite con insistencia cuando se habla de cultura: que es un sector en auge, genera empleo y contribuye al PIB. Los datos lo confirman. La industria musical española cerró 2025 con los mejores resultados de su historia: 1.902 millones de euros de facturación. La música en vivo supuso 807 millones de euros solo en venta de entradas. España se ha convertido en una potencia europea de festivales, con más de un millar al año.

Pero esa prosperidad no llega a quienes crean. Los músicos y los actores, los escritores y los artistas visuales, siguen siendo los eslabones más débiles de una cadena que enriquece a promotores, plataformas y grandes corporaciones. La cultura se ha convertido en un negocio y, como todo negocio, funciona para quien lo controla, no para quien lo produce.

Este ensayo analiza esa paradoja. La cultura como derecho se ha subordinado a la cultura como mercancía. Los creadores trabajan en condiciones precarias mientras la industria bate récords. Y la crítica, que debería ser el espacio de mediación entre las obras y el público, ha sido sustituida por el algoritmo y el entretenimiento.

2. La precariedad de los creadores.

España no es una excepción. En Europa, los artistas ganan sistemáticamente menos que otros trabajadores con el mismo nivel educativo. Un estudio del CESifo Institute confirmó que, incluso con formación equivalente, un artista cobra menos que un asalariado medio y bastante menos que otros profesionales. Dedicarse al arte, en términos económicos, sale caro.

En España, las cifras son demoledoras. El 57% de los músicos tiene ingresos anuales por debajo del Salario Mínimo Interprofesional. El 75% no supera los 30.000 euros. La temporalidad en el sector ha crecido un 69,6% desde 2019 y el 77% de las contrataciones son por días de actuación. Entre los actores, el 77% ingresa menos de 12.000 euros al año y el 44% vive por debajo del umbral de la pobreza.

El sistema de protección social es insuficiente. La cuota reducida de 161 euros al mes para artistas con ingresos inferiores a 3.000 euros anuales no resuelve el problema. Como señala Julia Sánchez, directora de la Escuela Superior de Música Reina Sofía, "en Francia tienen una cierta cobertura por desempleo y en Alemania a los artistas se les ayuda con la sanidad y aportaciones a los planes de pensiones, pero en España no".

La comparación internacional confirma que no es un problema exclusivo. En EEUU, el 34% de los artistas son autónomos, el 57% está preocupado por el coste de su comida o vivienda y el 37% recibe algún tipo de ayuda pública. En Australia, los artistas ganan una media de 13.937 dólares al año, por debajo del umbral de la pobreza. En Canadá, el ingreso medio de los artistas es de 26.000 dólares al año, cuando el ingreso viable en Montreal se estima en 40.000. En Brasil, solo el 25% de los más de cuatro millones de trabajadores culturales tienen empleo formal. En México, la informalidad alcanza al 44%. En India, el ingreso anual medio de un artista está por debajo de los 1.100 euros.

La cultura genera riqueza, pero no la reparte. Los creadores son la materia prima de un negocio que los exprime y los descarta.

3. El directo como tabla de salvación.

Si los discos ya no se venden y el streaming paga cantidades irrisorias, el directo se ha convertido en la única fuente de ingresos para la mayoría de los artistas. Un músico necesita un millón de reproducciones en Spotify para recibir 3.500 euros. En YouTube Music, un millón de reproducciones reporta 1.140 euros; en Apple Music, 1.047; en Amazon Music, 680. Y esa cantidad debe repartirse entre autores, intérpretes y productores.

El resultado es que el directo representa más del 70% de los ingresos de los artistas consolidados. En España, la música en vivo generó 807,2 millones de euros en 2025, el 42,4% de toda la facturación principal de la industria musical. Los conciertos son el gran motor económico del sector.

Pero el directo también es una trampa, porque obliga al artista a viajar constantemente, a actuar en condiciones precarias y a competir por cachés bajos. Los grandes festivales y macroconciertos concentran los beneficios en promotoras y plataformas, mientras los artistas emergentes cobran cantidades que apenas cubren sus gastos.

4. La crítica que ya no está.

La crítica cultural ha sido durante siglos el espacio de mediación entre las obras culturales y el público. El crítico contextualizaba, interpretaba, juzgaba y argumentaba. No era un reseñista, ni un influencer. La crítica consistía en un ejercicio de pensamiento, no un consumo de novedades.

En la actualidad, ese espacio se ha vaciado. Los suplementos culturales se reducen, las secciones de crítica desaparecen y los críticos son sustituidos por algoritmos que recomiendan y por influencers que confunden la opinión con el análisis. Como señala el crítico Francisco Carpio, "los críticos hemos perdido peso por la aparición de las plataformas digitales y las redes sociales".

La crítica no es un lujo, es una condición de la vida cultural. Y su desaparición no es un accidente, es el resultado de un sistema que premia lo inmediato, lo viral y lo superficial.

5. La cultura como diversión.

La confusión entre cultura y entretenimiento es el correlato de la desaparición de la crítica. Lo que debería ser un espacio de reflexión crítica se ha convertido en puro consumo. La cultura que incomoda es marginada y la que divierte es premiada. El resultado es una sociedad que consume mucho y piensa poco.

Los medios han ido abandonando los espacios de crítica para centrarse en el "entretenimiento" y la batalla por la audiencia.

Como señala Giovanni Sartori en *Homo videns*, la televisión "produce imágenes y anula los conceptos", atrofiando nuestra capacidad de abstracción y entendimiento. La crítica, que exige tiempo y criterio, no genera clics y es desplazada por la recomendación algorítmica.

La cultura como diversión no es neutra, es funcional al sistema. Una sociedad entretenida, una sociedad que consume espectáculos no cuestiona y no piensa. La cultura que incomoda es la que abre la puerta al pensamiento crítico y es esa cultura la que se está perdiendo.

6. El gasto público insuficiente.

El sector cultural aporta entre el 2,3% y el 3,5% del PIB español. Sin embargo, el gasto público en cultura de las comunidades autónomas no supera una media del 1,25%. En 2023, el gasto público total en cultura representó el 0,53% del PIB, frente al 0,46% de 2018. Es una ligera mejora, pero sigue siendo insuficiente.

La distribución es muy desigual. Navarra, el País Vasco, La Rioja y Cataluña registran los niveles más altos de gasto por habitante. Castilla-La Mancha, Madrid, Murcia, Aragón y Canarias, los más bajos. La cultura se trata como un adorno barato, no como un sector estratégico.

La comparación internacional es reveladora. En Francia y Alemania, en torno al 80% de la financiación de las artes proviene de fuentes públicas. En Estados Unidos, solo el 7%. En Irlanda, el programa *Basic Income for the Arts* proporciona 325 euros semanales a 2.000 artistas, con resultados positivos: aumentaron su dedicación a la creación, mejoró su satisfacción vital y se redujo la depresión y la ansiedad. En Alemania, el *Künstlersozialkasse* (KSK) garantiza acceso a la sanidad y a las pensiones a los artistas. En Corea del Sur, la *Korean Artists Welfare Foundation* ha introducido un seguro de empleo para artistas. No son utopías, son políticas públicas que funcionan.

7. Alternativas para una cultura sostenible.

La cultura no puede seguir siendo un negocio que precariza a los creadores y empobrece la crítica. Hay alternativas y se están aplicando.

Renta básica para artistas. El modelo irlandés demuestra que un ingreso estable permite a los creadores dedicarse a su trabajo sin la presión de la supervivencia. No se trata de subvencionar el lujo, sino de garantizar un derecho.

Cotización por ingresos reales. El sistema español de cuotas fijas no se adapta a la intermitencia del sector. Un sistema de cotización por ingresos reales, como el que existe en Francia para los *artistes-auteurs*, permitiría que los artistas cotizasen en función de lo que ganan, no de lo que se supone que deberían ganar.

Regulación de las plataformas. Las plataformas de streaming pagan cantidades irrisorias. La regulación debe garantizar una remuneración justa por reproducción y transparencia en el reparto de derechos.

Inversión pública en crítica. La crítica no puede depender del mercado. Es preciso contar con medios cooperativos, revistas independientes y suplementos culturales financiados con dinero público. Espacios donde la crítica vuelva a ejercerse con libertad y criterio.

Educación artística y cultural. No se trata solo de formar artistas, sino de formar ciudadanos capaces de apreciar y juzgar la cultura. La educación artística es una condición de la democracia cultural.

8. La vida con cultura.

La cultura no es un adorno, es la condición de una sociedad libre. Sin cultura crítica no hay pensamiento y sin pensamiento no hay democracia. La cultura que solo entretiene es una cultura que ha renunciado a entenderse a sí misma.

La política que se ejerce, falsamente protectora de la cultura, confunde el negocio con el derecho, el espectáculo con el pensamiento y el consumo con la creación. Es la política que permite que los músicos malvivan mientras la industria bate récords, la que deja que los críticos desaparezcan mientras los algoritmos deciden qué merece ser visto y la que trata la cultura como un adorno barato y no como la cuarta pata del Estado del bienestar.

La protección real no se anuncia con una subvención puntual, se demuestra garantizando una renta estable, una cotización justa, una regulación de las plataformas y una inversión sostenida en crítica y educación. Se demuestra, en definitiva, reconociendo que la cultura no es un lujo, sino un derecho. Y los derechos no se venden, se garantizan.

Una sociedad que solo se entretiene es una sociedad que ha renunciado a entenderse a sí misma. Recuperar la cultura es recuperar la capacidad de pensar. Y eso, hoy, es una forma de resistencia.